

¿JUDEOFOBIA DE “BAJA INTENSIDAD”?

JORGE GONZÁLEZ VON MAREÉS Y EL “NACISMO” FRENTE AL NAZISMO (1932-1939)

Isabel Jara Hinojosa
C.P 0880563 Santiago
jara.isabel@uchile.cl
Universidad de Chile
Chile.

Resumen

Este trabajo analiza la ideología del Movimiento Nacional Socialista (MNS) y de su líder en referencia al Nazismo, respecto del antijudaísmo. Comparado a la determinante y explícita judeofobia nazi, el Movimiento chileno, aunque inspirado en el primero, desplegó un discurso público antijudío menos intenso, más voluble y escasamente movilizador. El artículo se organiza en dos partes: la primera revisa brevemente el carácter extremo y movilizador del antisemitismo nazi, a partir de sus acomodados y fluctuaciones; la segunda y más extensa, delinea el caso chileno, considerando la tradición nacionalista criolla, el origen familiar e ideológico del “Jefe”, las características del MNS y sus relaciones con el nazismo.

Palabras claves: Judeofobia, Movimiento Nacional Socialista, Jorge González, nacionalismo chileno.

Abstract

This paper analyzes the ideology of the National Socialist Movement (MNS) and its leader, referring to Nazism, with regard to anti-Judaism. Compared to the decisive and explicit Nazi judeophobia, the Chilean Movement, although inspired by the first, developed a less intense, volatile and poorly mobilizing anti-Jewish public discourse. The paper is organized in two parts: the first review the extreme and mobilizing nature of Nazi anti-Semitism, from their accommodations and fluctuations; the second and more extensive, outlines the Chilean case, considering the Chilean nationalist tradition, the family and ideological background of the “Leader”, the characteristics of MNS and its relations with Nazism.

Key words: judeophobia, National Socialist Movement, Jorge González, chilean nationalism.

1. La “judeofobia” del Nazismo

Como es sabido, una de las peculiaridades del nazismo fue la conversión del antijudaísmo preexistente en un verdadero elemento programático de su pensamiento, propaganda y acción política. Esto significó utilizarlo como elemento de aglutinamiento, crecimiento y movilización política, transformarlo en un proyecto de carácter estatal, de gran eficacia pese a sus vacilaciones y capaz de aprovechar los avances tecnológicos para transitar desde una discriminación legalizada a la eliminación física masiva. Por ello, el antijudaísmo compareció como un elemento distintivo del hitlerismo frente a otras formas de Fascismo.

Empero, ¿fue este antijudaísmo rabioso un elemento ideológico uniforme en la acción política del Partido Nazi Alemán (NSDAP en adelante)? Las diferentes respuestas a esto tienden agruparse en dos corrientes. Por un lado, quienes creen que esta centralidad no fue uniforme porque entre 1924 y 1933 el tema quedó subordinado a otros *slogans* políticos o económicos y las acusaciones antijudías más graves, como la teoría conspirativa, fue menor en los escritos de los líderes nazis. Esta moderación habría correspondido a la estrategia hitleriana de no restarse simpatías en ningún espacio social, de manera que su sobreexplotación inicial había servido para motivar la adhesión al movimiento de otros militantes “volkish”. La estrategia posterior a 1929, en cambio, debía sumar electores, por lo que habría combinado una exaltada propaganda antijudía en lugares de fuerte tradición antisemita con la mengua o supresión de tales referencias en otros sitios donde los judíos tenían estimación social. Sólo habría reaparecido con toda su fuerza y fanatismo una vez conseguido el poder.

Por otra parte, están quienes dicen que las variaciones en la intensidad del discurso antisemita no demuestran que su inclusión fuera exclusivamente propagandista. Esta misma adaptación de la propaganda, sustituida luego por una política gubernamental específica al “problema judío” -a través de una legislación cada vez más draconiana y finalmente del exterminio -, sugiere que era un problema principal para el nazismo. Ello, en ningún caso habría significado una línea política

única a través de los años, por cuanto ni Hitler habría mantenido siempre la misma posición¹.

Por supuesto, con independencia de las interpretaciones, hay consenso en que el antijudaísmo nunca dejó de ser un elemento ideológico activo en el discurso y la acción política nazi, aún cuando su despliegue haya sido menos monolítico y parejo de lo que comúnmente se creía. Sobre esto, la investigación parece indicar que la política de exterminio, una vez decidida, careció de la minuciosa planificación y unidad de mando esperable de una máquina organizativa como el Tercer Reich, y que, a pesar del secretismo, enfrentó improvisación y descoordinación (las dificultades de los Jefes en los territorios ocupados para hacer frente cada vez a una mayor cantidad de deportados, agravadas por la imposibilidad de disponer del territorio ruso como se tenía planeado, dio lugar a una serie de “iniciativas locales” para liquidar judíos que sólo después de tomadas eran sancionadas desde arriba). Consiguientemente, el plan de aniquilamiento parece haber tenido bastante de autogestión.

Así pues, pese al horror de su maquinaria organizativa y de la abrumadora mortandad, la persecución de los judíos no habría sido fruto de un gran diseño cumplido desde el principio sin altibajos, como tampoco la “solución final”. Más bien, habría sido efecto de un dogma racial –con el antijudaísmo al centro-, consistente en la convicción de la superioridad de la raza “aria”, en la necesidad de expandir su territorio de ocupación y salvarla así de su contaminación y degeneración. Este dogma impulsó, corrigió y legitimó la práctica discriminatoria y persecutoria como práctica política de Estado, convirtiendo finalmente el genocidio en un objetivo de primer orden del régimen político.

Irónicamente, lo que la planificación o la organización no suministraron, lo suplió el fanatismo o la complicidad. Nunca está de más recordar que este esfuerzo gigantesco y absurdo -distrayendo recursos ‘valiosos’ de la guerra, además- habría sido imposible sin el apoyo cohesionado, recalcitrante y masivo del partido nazi, dispuesto al cumplimiento de cualquier orden o incluso a improvisar. Tampoco habría sido viable sin una sociedad suficientemente nazificada y aterrorizada

(el Ejército, el Ministerio de Exteriores, sectores de la administración local, policías, empresarios y funcionarios de los Ferrocarriles, entre muchos otros, hicieron practicable un plan de tal envergadura).

Ciertamente, los vaivenes, indecisiones y arreglos que plagaron aquel proyecto antijudío, así como las diversas razones que motivaron a sus perpetradores (terror, conveniencia o convicción), laceraron su aparente compactación y homogeneidad como programa continuo, meticoloso y totalmente controlado. Pero en ningún caso descartaron su pertenencia al núcleo duro de la ideología nazi, como categoría cambiante pero constante, ajustable pero intransable, intencionada y eficazmente movilizadora.

2. González Von Mareés, el MNS y su época

En el proceso de crisis del Estado oligárquico, de urbanización y de consolidación de un discurso distintivo de los sectores medios, populares y estudiantiles del primer tercio del siglo XX, se produjo la ebullición del nacionalismo de derechas. Tuvo este nacionalismo una expresión intelectual (Nicolás Palacios, Alberto Edwards, Francisco A. Encina, entre otros) de mayor concreción política que teorización filosófica. Responsabilizando a la oligarquía del retraso del país, favorecía una industrialización que disminuyera la subordinación económica chilena del extranjero, una transformación a la estructura educacional que promoviera los valores nacionales y un cambio político que restableciera el 'Estado portaliano', al que veía como *el* ejemplo de un Ejecutivo enérgico. Ciertamente, apreciaba altamente el valor de la tradición por sobre el de la representación en el orden político y concebía el parlamentarismo y el sistema de partidos en general como una degeneración de este. Se caracterizaba por la defensa de la supuesta "raza chilena" -la cual veía encarnada en el "roto" o "mestizo" (como un valor superior en Palacios e inferior en Encina); por consiguiente, denunciaba la inmigración, como efecto del imperialismo económico y, sobre todo, como amenaza a la "unidad racial" chilena (Gazmuri, 1981; Godoy, 1973; Ruiz, 1992; Mc Gee, 1999).

Al mismo tiempo, se desarrolló un nacionalismo de tipo radical y militante, es decir, canalizado en acciones políticas preconcebidas y realizadas sistemáticamente por organizaciones definidas que las planificaban, difundían y justificaban. Sus rasgos esenciales de xenofobia, racismo y agresividad fueron los ejes constitutivos de su estrategia, cuestión que no impidió que contara con un fuerte apoyo ciudadano y estatal o, por lo menos, con una silenciosa complicidad, especialmente entre los habitantes donde surgió. Los problemas político-territoriales, particularmente la “chilenización compulsiva” de Tarapacá, enmarcaron este nacionalismo popular. Las “Ligas Patrióticas” y “Ligas Patrióticas Militares” (1911-1925), fueron la cara visible de ese nacionalismo radical y militante, de fanáticas ideas anticomunistas, xenófobas y con prácticas punitivas contra peruano-bolivianos (González, 2004). Algo así como un “pre-fascismo” de factura nacional, dedicado a la propaganda y la violencia.

Jorge González von Mareés fue hijo de aquellos años y de aquellas ideas.

Origen familiar e ideológico del Jefe.

González había nacido en 1900, del matrimonio formado por un médico chileno y una joven alemana. Tras la temprana muerte del padre, en 1905, la madre -que lo había acompañado a Alemania- volvió a Chile a educar a sus hijos como chilenos, según el deseo paterno. Por dificultades económicas, la viuda convirtió su casa de Ñuñoa en pensión para jóvenes alemanes que vinieran a estudiar en Santiago. En 1910 volvió a casarse, esta vez con un profesor alemán. Este, de costumbres marciales, acentuó el clima germano del hogar. La enseñanza formal, sin embargo, fue chilena, educándose las niñas en el Liceo de Niñas y los varones -tras una corta incursión en el Colegio Alemán- en el Instituto Nacional. Esto influyó en que, aunque la madre fuera católica, los hijos recibieran una formación laica.

En 1916, Jorge González ingresó a la Universidad de Chile a estudiar Ingeniería Civil, pero se cambió a Leyes después, carrera que combinó con un trabajo en el Correo Central. En 1920 creó

con otros compañeros la escuela Nocturna Andrés Bello, que brindaría educación a los obreros y que estaría dirigida por el propio González. Ya en estas tempranas experiencias adquirió la convicción de que los problemas del pueblo eran, principalmente, de origen moral² y que la verdadera democracia no consistía "en entregar la dirección de los intereses sociales a las multitudes inconscientes", ni tampoco "en procurar por la fuerza de las armas que los de arriba bajen al mismo nivel de los abajo". Por el contrario, la democracia -a su juicio- precisaba de la existencia de una oligarquía, pero de una oligarquía "del trabajo, del saber, de la inteligencia, de la moral, de la educación, de la bondad...", como afirmó en su "Discurso para la velada en la Escuela Nocturna Andrés Bello" de 1920 (Alliende 1990, p.30).

En 1921, la escuela nocturna se amplió para transformarse en la Liga Pro Educación Popular Rafael Sotomayor, en memoria del militar de la Guerra de 1879, ensalzado por Gonzalo Bulnes en su obra *La Guerra del Pacífico*. Los objetivos de esta Liga ya no se limitaban a la instrucción obrera sino que a producir una corriente de opinión contraria a la lucha de clases. Las actividades concretas de ésta, sin embargo, no pasaron de clases nocturnas y de uno que otro folletín conmemorativo de efemérides patrias.

En 1923 -recién titulado- Jorge González se casó con Laura Alliende Wood, en los dos años siguientes trabajó como abogado particular y desde 1925 a 1929 como juez de policía local de Ñuñoa. También en ese periodo se desempeñó como "Legionario" (dirigente) de una sociedad secreta que propugnaba el derrocamiento del primer gobierno de Alessandri Palma: se trataba de TEA, sociedad secreta nacionalista que cifraba "Tenacidad, Entusiasmo y Abnegación", cuyo lema era "quema y alumbrá" y que estaba liderada por el general del Ejército Juan de Dios Vial Guzmán, por el abogado y profesor Oscar Dávila Izquierdo y por el mismo González.

Justamente fue en la década del veinte cuando realizó las lecturas que marcaron su pensamiento: *Raza chilena* de Nicolás Palacios, *Nuestra Inferioridad Económica* de Francisco Antonio Encina, *La Frontera Aristocrática* de Alberto Edwards y la *Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que

leyó en su versión original en alemán. También cultivó las lecturas históricas, particularmente sobre las figuras políticas del siglo XIX y la Guerra del Pacífico, que le hicieron devoto de Diego Portales, Manuel Montt, José Manuel Balmaceda y del ya mencionado Rafael Sotomayor.

En 1926 se comprometió con la tesis anexionista cuando la cuestión de Tacna y Arica caldeaba los ánimos, defendiéndola a través de un periódico que duró breve tiempo, llamado *La Raza* en homenaje a Palacios. En 1932 fue designado alcalde de Ñuñoa, cargo que desempeñó hasta el derrocamiento de la corta administración de Juan Esteban Montero por la República Socialista, en junio de aquél año. Para entonces, ya lideraba un nuevo Movimiento político.

El MNS chileno: contexto y pensamiento.

Asumiendo la nueva inspiración para la xenofobia chilena, a fines del primer tercio de siglo algunas Ligas Patrióticas dieron el paso al ultranacionalismo en boga: el Fascismo. Entre 1925 y 1930, varias se transformaron en agrupaciones de este tipo, con enemigos definidos -la izquierda y los pueblos vecinos, con lo que había delicados conflictos fronterizos, especialmente Perú y Bolivia-, pero con un giro hacia claves europeas³. Entre los sucesores de esos grupúsculos estuvo el MNS -fundado en 1932 y disuelto en 1939, con su transformación en Vanguardia Popular Socialista-, en cuyo origen pudo hallarse la iniciativa del militar Francisco Díaz. En cualquier caso, fueron Jorge González -el activista, organizador y "Jefe"- y Carlos Keller -el ideólogo- quienes imprimieron el carácter definitivo al Movimiento, éste último insistiendo en su carácter socialista para contrapesar el énfasis nacionalista de González (Potashnik 1974, p.56). Su preferencia por del modelo alemán como inspiración -pese al interés de ambos por defender su "chilenidad", autodenominándose "nacis", por ejemplo- se debió a la admiración que tanto ellos como el general Díaz sentían por Alemania. De forma que los vínculos familiares, profesionales e ideológicos hicieron que el MNS adoptara las formas e ideas de los más radicales exponentes del nacionalismo alemán: los nazis.

De los nueve fundadores, y siempre bajo el liderazgo terminante de González, el MNS creció hasta

sobrepasar los mil miembros, publicitando su doctrina desde el diario *El Imparcial*, a través de la "Página Nacional Socialista", recopilados en una colección de sus artículos; desde su propio periódico *Trabajo*, que circuló entre 1933 y 1940. Aunque inició su actividad en Santiago y Valparaíso, donde contaba con mayor votación, tendió a concentrarse en las provincias del sur - desde la Araucanía hasta Los Lagos- donde no existía la tradición política de izquierda que sí había en las zonas nortinas y, en cambio, albergaban una importante colonia alemana. No pocos de sus militantes tenían importantes lazos familiares o económicos con la colonia chileno-alemana (Potashnik 1974, pp. 216-223; Moller, 2000).

Si bien desplegó un discurso supra-clasista, el MNS creció tempranamente alimentado por elementos de clase alta, temerosos de la República Socialista de 1932 y del protagonismo izquierdista. Pero tan pronto se derrumbó aquella y Alessandri logró consolidar una relativa estabilidad política, aquellos dejaron de considerar necesaria la existencia del movimiento. Además, la reacción civilista contra las reiteradas intervenciones de las Fuerzas Armadas en política hizo retirarse a numerosos adherentes, ya que el MNS defendía abiertamente al Ejército (Mena 1935, p.81). El Jefe, entonces, consciente de que su Movimiento sería incapaz de retener un apoyo tan voluble y de sustentarse en él, optó -a mediados de la década del treinta- por apelar más a los sectores asalariados. Esto permitió al MNS gozar de un no despreciable apoyo popular en Santiago y tener en las postrimerías de los años treinta -según algunos autores- más del 50% de su adhesión entre los sectores trabajadores⁴.

Por otro lado, pese al proselitismo desarrollado hacia la colonia chileno-alemana y a las estrechas relaciones que lo unían a ella, el MNS experimentó una tensión permanente con sus miembros por las actividades que también desarrolló en su interior el NSDAP (Converse 1990, pp.476-477). De hecho, la ambigua y a veces conflictiva relación con éste remarcó sus coincidencias y divergencias discursivas. Entre las primeras, la mistificación de la relación del Jefe con la masa; la interpretación organicista y determinista de la sociedad; la exaltación mística e irracional de la nación; la opción por un poder político autoritario y jerárquico, y por un estado corporativo, supraclasista y totalitario;

el antiliberalismo y antimarxismo de principios; las externalidades y rituales (juramento, uniforme, saludo romano, estandartes, insignias, cinturones, desfiles, fanfarria, convivencias de camaradería); la apelación a los sectores medios y populares; el uso del factor racial para su análisis social y la desconfianza de “lo judío”. En cambio, entre los matices discursivos que distinguieron al Movimiento chileno destacó su apego a la tradición portaliana, la defensa del catolicismo y de los valores de la “Cristiandad occidental”, y la defensa de la “raza chilena” (Jara, 1996). Este último elemento se transformó en un punto altamente sensible para el MNS y su líder, dado la dificultad de equilibrar la inspiración nazi con las suspicacias de la opinión pública chilena.

Relaciones con el NSDAP.

Los dirigentes y publicaciones del NSDAP⁵ siguieron con interés y cautela el nacimiento del MNS, resaltando las semejanzas entre ambos movimientos como, por ejemplo, la formación de tropas combatientes similares a las S.A, su oposición radical al marxismo y el éxito que tenía en el sur del país (De la Cerda 2000, pp.21-132). Este cauteloso interés del NSDAP sobre el MNS se convirtió en ocasiones en una franca adhesión, ya que algunos nazis creyeron ver en este una esperanza para sus ideas. En 1936, por ejemplo, la revista de lengua alemana “Die Warte” llamó a su público a apoyarlo. Aquello nazis supusieron, además, que los chileno-alemanes o chilenos de habla alemana que, por su condición de tales, no podían ingresar al NSDAP, sí podían hacerlo al MNS, al cual interpretaban como un “hermano de espíritu”. Semejante impresión no sólo fue confirmada por su parecido en estructura y pensamiento, sino que por visitas amistosas como las que realizó Carlos Keller a una reunión pública del grupo local del NSDAP de Santiago en 1934 donde, además, realizó una charla.

No obstante, las diferencias que pronto comenzaron a notarse entre ambos movimientos, así como el progresivo aislamiento del MNS y su escasa perspectiva de alcanzar el poder político, opacó el interés del nazismo sobre el último y terminó por anular todo vínculo visible entre ellos. De allí que Adolf Schwarzenberg, el jefe de la Jugendbund que había respondido a la convocatoria de “Die

Warte” adscribiendo al MNS –creyendo que éste “correspondía a sus convicciones sobre el bienestar futuro de la patria chilena”- fue expulsado por González en 1935, acusado, junto a su asociación, de desarrollar actividades hitleristas sosteniendo un idea racial “absolutamente incompatible con el sentimiento nacional chileno” y demostrando con ello su dependencia de la causa nazi germana tanto como su desapego de la causa chilena⁶.

Por otra parte, estas mismas fricciones tanto como elementos propios de la ideología nazi, especialmente los referidos al racismo, incomodaron también a la opinión pública chilena. Por ejemplo, las declaraciones radiales del jefe del “Grupo Local” del NSDAP de Santiago, en 1933: “Cada alemán comete un delito contra su patria al casarse con una chilena, toda vez que mezcle su sangre con una raza inferior” (Gaudig y Veit, p.110). Por su parte, el jefe de la Jugendbund había escrito antes: “¡Excelentes reservas de sangre tiene este continente en nosotros! (los chilenos de descendencia alemana)...pero no da lo mismo si nuestros hijos cumplen su contribución a la civilización del mundo como hombres concientes de su origen alemán o si, disminuidos por sangre de otro tipo, lo hacen sólo como representantes inconcientes de su sangre” (Ibid).

Por otro lado, el derecho alemán que exigió a sus empleados la prueba de su ascendencia aria (1933) y las leyes racistas de Nuremberg (1935) sumaron una mala impresión entre los chilenos.

Por todo esto, la comprobada aceptación que tuvo el MNS entre los alemanes o descendientes de alemanes, al menos inicialmente, estuvo en permanente tensión entre el afán “nacista” de incluirlos en la “raza chilena”, por un lado, y la necesidad nazi de enfatizar su “germanidad”. Lógicamente, la opción fundacional del MNS a favor de los chilenos, lo hizo distanciarse del *ethos* chileno-alemán en la medida en que este último agudizaba su distanciamiento con el resto de la población al involucrarse cada más en el mundo de los alemanes del Reich. Y ese mundo difícilmente ocultaba su racismo.

Racismo y judeofobia en González Von Marées y el MNS.

Pese a su permanente afán por distanciarse de los aspectos incómodos del Nazismo, el factor racial fue un elemento central del pensamiento social de González y del MNS, pues fue entendido como el elemento “hacedor” de la Nación, junto al Estado⁷. En realidad, en su análisis, el tipo racial chileno, así como el tipo de cultura consecuente, derivaba de la propia historia americana y local.

En efecto, según el razonamiento de González, la colonización española en las zonas mineras americanas había generado dos tipos de comunidades yuxtapuestas, que perduraron por largo tiempo: por un lado, una clase dirigente europea y, por otro, una mayoría indígena dominada por la fuerza. Pero en el extremo sur del continente el fenómeno no habría sido igual: la ausencia de riquezas minerales habría obligado a los conquistadores a dedicarse a la agricultura, proceso que produjo el lento mestizaje. Precisamente, la aparición de una raza mestiza, con predominio de sangre europea, fue el sello étnico del pueblo chileno y argentino.

Revisar esta diferencia no fue, para el Jefe, un mero ejercicio antojadizo. Fue una opción lógica de quien incluyó en su análisis el factor racial como una categoría conceptual de primer orden en la explicación de las evaluaciones sociales: “Hemos resaltar esta diversidad en la formación étnica y cultural de los pueblos iberoamericanos, porque ella es, a nuestro entender, el punto de partida imprescindible para la interpretación histórica de estos pueblos” (González, 1935b, p. 148).

De forma que el elemento racial no era una dimensión más del devenir o de la realidad social, entre muchas otras, sino que para él constituyó un antecedente central que determinaba las otras esferas del acontecer, como la cultura y la política: “La historia política de nuestros países desde la proclamación de la independencia, está íntimamente ligada a los antecedentes raciales y culturales a que nos acabamos de referir”, escribió (Ibid⁷).

Con esta premisa “racialista” fue que González explicó los diversos logros político-institucionales

de las repúblicas latinoamericanas. Según él, los países que habían conquistado una organización política consolidada en el siglo XIX, eran aquellos que no experimentaron mayor conflicto racial por la progresiva primacía del elemento mestizo y de la sangre europea. A la inversa, los países que no habían podido abandonar el caudillismo y al inestabilidad eran los herederos de la pugna entre una minoría de origen occidental, una menguada porción de clase media, conformada por mestizos europeizados y un gran masa restante de pueblo indígena.

En el fondo, el Jefe propuso que el orden conservador decimonónico chileno tuvo una primigenia explicación racial, en tanto el concepto de poder portaliano –verdadero soporte de ese orden y de la tradición nacional- pudo implementarse gracias al contexto racial favorable. La nación chilena no era otra cosa que una “raza” específica. Y ella, junto al Estado, había fabricado al pueblo de Chile:

“Contra todo lo que pudiera argumentarse para pretender demostrar que no existe una raza chilena propiamente tal, yo afirmo que el germen sanguíneo de Arauco y de España, que dio vida al pueblo chileno, a pesar de haberse cruzado posteriormente con sangres afines, se mantiene incólume en las venas de los hijos de esta tierra. Tenemos una raza chilena, que se caracterizo no sólo por una unidad de lengua, sino que también por una sola mentalidad colectiva, un solo sentimiento de fortaleza y disciplina, y una sola aspiración de grandeza y superación. Poseemos lo que orgullosamente podemos denominar la ‘chilenidad’, que nos diferencia de todo otro pueblo sobre la tierra” (González, 1936a, p.2).

Aunque menos virulenta que el discurso nazi europeo, esta premisa racista de González también pareció ser, en lo profundo, el último escudo y el más seguro contra cualquier tendencia ideológico-política “desintegradora” de la nación. Sin embargo, el hecho de que esta solución ya estuviera presente en ensayistas chilenos anteriores, como Palacios, sugiere que el “racismo intelectual” había tenido cierto grado de desarrollo en nuestro país antes del desencadenamiento de los movimientos fascistas europeos. Por otro lado, sugiere que el pensamiento nacionalista chileno de principios de siglo se nutrió de los fundamentos biologists del nacionalismo tradicional europeo.

Con todo, la sistematización de estos fundamentos biológicos hecha posteriormente por el Nazismo obligó a los sucesores del nacionalismo chileno –y entre ello a Jorge González- a singularizar tales premisas. El resultado de ese esfuerzo singularizador de González fue el nivel mas bien pasivo que jugó la cuestión racial dentro de su concepto de nación, en términos de constituir una axioma interpretativo más que una consigna movilizadora. El mecanismo de dicha singularización fue la valoración del mestizaje.

Y es que, claramente, “dignificar” al mestizo chileno significaba desmerecer el mito de la pureza racial, al pretender rescatar lo positivo de las mezclas étnicas como tipos con la flexibilidad necesaria para adecuarse a las evoluciones y para desarrollar un mayor potencial creativo. En definitiva, significaba un distanciamiento respecto de las doctrinas racistas del Nazismo, a través de un ejercicio de intelectualización.

Es innegable, sin embargo, que en los textos de González hubo una minusvaloración del elemento moreno o indio, a la vez que una sobrevaloración del elemento blanco o europeo⁸. Y es que, probablemente, la pureza de la raza blanca no era lo que en propiedad le preocupaba, ya que lo defectuoso estaba en la pureza de las razas morenas o indias. En realidad, esta ambigüedad de cuestionar más la pureza racial india que la europea, se convirtió en una contradicción inherente al concepto de nación del Jefe.

En cualquier caso, las reflexiones más sofisticadas sobre la premisa racial fueron desarrolladas por el verdadero ideólogo del MNS, Carlos Keller. Este –a diferencia de González- no sólo sentó su originalidad en la valorización del mestizaje sino que en el énfasis del carácter místico de la nación. Recordaremos que ese mismo énfasis místico constituía una herencia del Fascismo, pero que, en el pensamiento del Jefe, se veía menoscabado por la importancia que daba a la influencia de la raza en la capacidad creadora de los pueblos y sus consiguientes logros político-institucionales. Su inicial acento místico dado a la nación quedaba así relativizado por la importancia que daba a los factores materiales como el sustrato racial. Era ésta otra contradicción irresuelta en sus

definiciones teórica.

Keller, por el contrario, despejó esta contradicción al invertir el orden de los factores. Si para González la raza era un factor coautor de la nación y, por tanto, un factor material que precedía a la condición espiritual, para Keller la raza estaba subordinada a la superioridad espiritual. Quedaban así superadas las desviaciones materialistas de las doctrinas racistas. En palabras de Keller:

“Rosemberg, en ‘El Mito del siglo XX’, sostiene que es la sangre la que genera la vida espiritual. Para él, el ‘mito del siglo XX’ es precisamente la doctrina racial.

En realidad, esta doctrina no se distingue en nada –filosóficamente considerada- de todas las materialistas. Derivar la vida espiritual de ‘las condiciones de producción’, como lo hace Marx, o de la raza o la sangre es sencillamente, formular dos doctrinas materialistas distintas, pero en todo caso materialistas.

Hay aquí, en el fondo, un problema filosófico que pertenece a aquellos que no es posible solucionar racionalmente: la relación entre el mundo material y el espiritual. Mientras Rosemberg sostiene que es la sangre lo que genera las obras espirituales, otro alemán, Schiller, ha formulado la idea contraria, sosteniendo que ‘es el espíritu el que se construye el cuerpo’.

(Hay una escisión a este respecto, que se manifiesta en toda la creación: no existe un ligamen racionalmente inteligible entre lo material y lo espiritual. Si las leyes naturales nos enseñan que un sonido se produce debido a ciertas reacciones físico-químicas en los ganglios de nuestro cerebro, el psicólogo tendrá que replicar que una reacción físico-química jamás podrá considerarse como sonido, ya que la percepción del mismo es algo totalmente distinto del mero proceso natural).

Y así es para nosotros totalmente inamovible la afirmación de Rosemberg, de que la vida espiritual sea generada a base de la sangre. Indiscutiblemente, existe una mutua influenciación entre lo material y lo espiritual, pero no es posible sostener seriamente el predominio de lo material sobre lo espiritual, y mucho menos, afirmar que aquello genere a éste” (Keller 1937, pp.4 -6).

Es dentro de estas disquisiciones derivadas del a-priori racista sobre la nación chilena que debe entenderse el prejuicio antijudío del MNS, tan negado en público como latente en su ideología. Evidentemente, un obvio discurso antisemita hubiera emparentado aún más al Movimiento con el Nazismo a los ojos de público chileno, para quien ya resultaban sugerentes el nombre y todo lo demás. Por ello, cada vez que pudo, González desmintió la conexión. Todavía en 1937 declaró a un periodista, cuando le preguntó por el antijudaísmo alemán:

“Acá no existe ese problema. Nuestra posición no es sistemática sino realista. Creemos que hay elementos judíos que han traído a Chile su espíritu de iniciativa, su dinamismo creador, y nada tenemos contra ellos, siempre que se sometan a las necesidades nacionales. Claro que nuestra actitud sería diferente si obedecieran a plan distinto. Hay algunos que piensan en un imperialismo de raza. Si yo fuera judío tal vez haría lo mismo, pero como soy chileno, y actúo en Chile, es lógico que me oponga si esta iniciativa llegara a surgir. Por otra parte, en nuestro país hay muchas familias con sangre judía, radicadas en nuestro suelo desde hace cientos de años, entroncadas con ramas españolas y aborígenes y que constituyen parte de la nacionalidad. Sería absurdo que se interpretara al nacismo como una acción antisemítica al estilo de lo que ha estimado necesario desarrollar el hitlerismo” (Alzamora 1937, p.11).

No se percibe en este tipo de declaración ninguna convocatoria agresiva para con los judíos pero sí aseveraciones no comprobadas, emitidas como si lo fueran: la primera, que no siempre los judíos se habrían sometido a las necesidades nacionales de los países a los que habían emigrado; y segundo, que existían algunos de ellos que fomentaban un “imperialismo de raza”. Tales afirmaciones no describen una actitud de ataque físico pero sí de sospecha. Según González, los judíos no llegaban a constituir un peligro para el Chile de la época, pero podían llegar a serlo. Por lo demás, al expresar que su posición no era “sistemática” sino que “realista”, reconocía que no se les atacaba más por pragmatismo que por principios.

Así que su “realismo” no alcanzó a ocultar la desconfianza que, entre todos los pueblos, le

despertaban especialmente los judíos. Y esa desconfianza –directa o indirectamente- indicó que un antisemitismo se alojó también en el MNS. En 1932, por ejemplo, siendo Director de la Página Nacional Socialista y con motivo de las elecciones, aprobó (si es que no redactó) el siguiente inserto:

“¡Ciudadano elector!

No olvides que el Nacismo significa:

Renacimiento del orgullo de la raza.

Hombres, antes que programas.

Trabajo y justicia social para todos.

Liberación de Chile del yugo económico del judaísmo internacional...” (El Imparcial, 4-10-1932, p.2).

En realidad, el *slogan* del Nazismo europeo acerca del “imperialismo económico” israelita sobre el mundo, se hizo reiterado en la propaganda del MNS durante sus primeros años. González tampoco censuró ejemplos palpables de antisemitismo mostrado por sus seguidores, desde la fundación misma del MNS, a través de *El Imparcial*:

“En realidad, la causa de este verdadero misticismo revolucionario tiene un origen muy diverso. El comunismo no es, como generalmente se cree, un simple movimiento ideológico. Es mucho más que eso: es la lucha de una raza por el predominio mundial...No es, por otra parte, como comúnmente se cree, el Gobierno soviético quien alimenta y mantiene con su dinero la propaganda comunista. El Soviet es sólo la base de operaciones, pero el nervio de toda la campaña emana de las organizaciones judías de propaganda comunista diseminadas en el mundo entero” (El Imparcial 25-11-1932, p. 2).

Igual que en Europa, los “nacistas” vincularon sin ambages a los judíos con las actividades de la Internacional Comunista y del PC chileno, atribuyéndoles la autoría secreta del desorden y la

inestabilidad. Cada cierto tiempo advirtieron sobre la sospechosa presencia de apellidos hebreos entre activistas políticos, estudiantiles o sindicales:

“...Ya empieza a llamarnos la atención de que en cada huelga universitaria, en cada grupo revolucionario, en cada actividad demoledora, resalta algún nombre hebreo. Este fenómeno, que para nosotros es nuevo, se considera en el Viejo Mundo como un hecho inamovible. Ya nadie discute por el ejemplo, el predominio judío en la administración comunista en Rusia y hay quienes sostienen que la organización misma del Soviet tiene su origen en el ‘kahal’, que data de la conquista de Palestina por los romanos. Contra esos elementos, necesariamente tenemos que defendernos, no porque pertenezcan a tal o cual raza, sino porque forman parte de un grupo de hombres que, con fines ocultos, tratan de producir el caos y la disolución en el mundo entero” (El Imparcial 16-12-1932, p. 6).

Aun cuando no se creyeran antisemitas, se les hizo imperativo desnudar el peligro judío cada cierto tiempo, particularmente cuando pendía sobre el Gobierno. Así, cuando en Noviembre de 1932, la nueva Administración política contó con un secretario General de la Presidencia de origen judío, el Jefe atacó desde su espacio en *El Imparcial*:

“Acerca de su versación e inteligencia (de los funcionarios nominados) podrán emitirse opiniones con diversidad de criterio. Pero su personalidad ha de quedar completamente a salvo en un aspecto: la nacionalidad.

Por desgracia, existe una excepción de gran importancia. La Secretaria General de la Presidencia de la República va a ser desempeñada por una persona cuya carta de nacionalización ha sido discutida durante largo tiempo y sólo se ha perfeccionado en estos días. Y esto constituye un inconveniente insalvable, a nuestro juicio, para el desempeño de un cargo de tan alta trascendencia política.

La nacionalidad no es cuestión de simple latitud geográfica. De ella no pueden desprenderse los hombres, en un momento dado, por simple voluntad. Se lleva en sí mismo;

imprime un sello de la persona, determina múltiples condiciones de carácter y proporciona vinculaciones raciales. De todo ello no puede prescindirse circunstancialmente.

En los individuos, y aún en las naciones, existe obediencia a impulsos ancestrales, y quien es capaz de desprenderse de todos ellos, no está moralmente calificado para el desempeño de tareas de enorme trascendencia...

No somos antisemitas. Pero en la influencia perniciosa que desarrolla en nuestro país, como en tantos otros, el hebraísmo capitalista, vemos un grave peligro para la nacionalidad introducir un representante de esta casta en la Presidencia de la República nos parece más que un error, un atentado contra la nación misma" (González 1932b, p. 6).

Igual que hacía el Nazismo, González identificó dos fenómenos aparentemente disímiles –el imperialismo económico capitalista, por un lado, y el comunismo, por otro- al mismo origen: los judíos. En 1935, en una polémica en torno al APRA peruano, el Jefe demostró –aunque forma marginal- su absoluto convencimiento de la filiación marxista del "elemento judío":

"En primer lugar, la base racional del aprismo, su fundamento filosófico, no tiene absolutamente nada de indoamericano. Es ella, como ya dijimos, de pura extracción marxista, es decir, judío occidental, carácter éste que la filosofía aprista no pierde por los correctivos o complementos que su fundador hay podido agregarle" (González 1935a, p. 155).

Y en 1936 –a propósito de un discurso del Ministro de Hacienda Gustavo Ross, pronunciado en Londres ante la sociedad de Beneficencia Iberoamericana- encontró un ejemplo para sentenciar la filiación del capitalismo al pueblo hebreo:

"Aunque el homenaje en cuestión se decía auspiciado por una entidad con fines de beneficencia hacia nuestra América, la nómina de los asistentes a él –hecha exclusión de las personalidades diplomáticas oficiales- y los discursos que allí se pronunciaron demuestran que se trató de una reunión de altos representantes del capitalismo internacional y muy en especial de las

principales cabezas del imperialismo judío en las repúblicas de Iberoamérica.

Nunca hemos puesto en duda el carácter internacional del señor Ross y las tendencias de abierto favorecimiento al imperialismo judaico que ha tenido su gestión financiera como ministro de Hacienda de nuestro país...

El señor Ross, olvidando su investidura oficial, de representante directo de un gobierno que se precia de respetable, no trepidó en reconocerse obediente discípulo en lo que atañe a la gestión de su carrera ministerial de un clan de banqueros judíos, a cuyo seno fue él, como lo expresó textualmente, a 'retemplar su espíritu', antes de asumir el cargo de Ministro de Hacienda" (González 1936b, p. 3).

De esta manera, para González quedó demostrado el origen hebreo del capitalismo y del comunismo. Los judíos eran los responsables del credo marxista y de la intranquilidad en el hemisferio occidental y, por otro lado, eran la cabeza dirigente del capitalismo económico. Y dado que ambos fenómenos –capitalismo y comunismo- se expresaban con fuerza en el Chile de los años treinta, concluyó en la posible amenaza de un "imperialismo judaico", como de hecho tituló el artículo de que forman parte los párrafos anteriores.

Como hemos visto, bajo la dirección del Jefe se publicaron continuas advertencias sobre el peligro judío y él mismo realizó tales denuncias, aunque con menos frecuencia. Por otro lado, nunca firmó un artículo –conocido- que criticara las pretensiones de la legislación racista de Hitler de convertirse en una teoría general, como sí lo hizo su camarada Carlos Keller. Empero, tampoco toleró propaganda tan abierta como la hitlerista al interior del MNS⁹. Ello porque, en su percepción, la política antisemita desarrollada en Alemania por los nazis no se ajustaba a la realidad chilena y por tanto no debía aplicarse aquí. En ningún caso se trataba de que tal política violara algún principio fundamental de su pensamiento ético o político. Por el contrario, tanto él –por omisión- como sus seguidores –por confesión- la aceptaron como una política adecuada al propio contexto alemán, aunque no exportable. Así lo expresó un "nacista":

“Desde el punto de vista internacionalizador del liberalismo, todos los individuos tiene iguales derechos, y así pueden hablar de una ‘persecución de los judíos’. Pero el gobierno alemán no desea perseguir a los judíos ni infringirles daño alguno. Lo único que pretende es que la cultura popular alemana pueda desarrollarse libre de toda traba, y desde este punto de vista no es tolerable que se le injerte artificialmente una mentalidad diferente, como ocurría, p.e., con el predominio casi absoluto que los intelectuales de raza judía habían adquirido en la vida nacional. Lo que ahora se ha realizado, ha sido sencillamente el restablecimiento de las justas proporciones y la separación de la vida cultural judía de la germana, concediendo también a la primera la más amplia autonomía dentro de su propia esfera” (Gamboa 1934, p. 133).

El mismo Carlos Keller, dos años antes de la segunda guerra mundial, reiteró indirectamente la necesidad de la legislación racial para con la realidad germana:

“En efecto, los autores nacional-socialistas, ostensiblemente inducidos a ello por razones políticas, sobre las cuales ninguna persona razonable puede discutir (o sea, la necesidad de liberar a la nación del tutelaje judaico) llegaron al extremo de pretender elevar su legislación racista a la categoría de toda una filosofía” (Keller 1937, p. 5).

Difícilmente hubiera permitido González declaraciones que aceptaran explícita o tácitamente el antisemitismo del Tercer Reich si no hubiera compartido su contenido y, aunque no se sabe que albergara el propósito de iniciar una campaña antisemita en Chile, tampoco descartó la obligación de permanecer alerta ante la “amenaza judía”. Por lo demás, no vio en ningún otro grupo inmigrante vecindado en Chile peligro alguno. Al contrario, en otras comunidades, como al alemana, sólo vio influencias positivas. Como dijo un seguidor suyo, quien –por propia confidencia- no hizo más que repetir sus palabras:

“Si lo primeros (los alemanes) cultivan sus tradiciones y costumbres dentro del país en que han encontrado su segunda patria, no lo hacen porque deseen conservar algún vínculo con el país

de origen, sino que simplemente porque desean mantener un vínculo espiritual con la cultura que ha sido la de sus antepasados y, que en todo caso, no ha de servirles sino para ser más útiles al país en que han instalado sus hogares, ya que esa cultura es, indudablemente, superior a la cultura media del pueblo chileno por ser mucho más antigua por siglos y, en todo caso, el cultivar en Chile los elementos de esa cultura no puede ser sino beneficioso para el país...

Por lo demás, lo que digo yo aquí, palabras más o palabras menos, fue lo que yo mismo escuché de labios del mismo jefe del Nacismo, señor González von Mareés en el Teatro de Valdivia" (H.B.G 1938, p.3).

Con todo, la participación electoral había alejado al MNS de un antijudaísmo más militante en cuanto a actos callejeros, punitivos u otras formas de expresión pública que sobrepasaran la propaganda, actos que sin embargo sí se habían hecho sistemáticamente contra peruanos y bolivianos durante la época de las Ligas Patrióticas. El discurso de la acción directa fue crecientemente acompañado y contradicho por esa participación electoral. Además, el proceso político mismo fortaleció otros elementos del discurso "nacista". De hecho, ya como diputado (mayo de 1937-octubre de 1938), González fijó el lugar de su movimiento en la oposición, tanto al Gobierno alessandrista como al sistema económico-social, culpables -a su juicio- de la miseria del pueblo; por lo tanto, decidió apoyar las iniciativas de la izquierda. Esto le valió el ataque de los sectores conservadores y liberales, que le preguntaron dónde había quedado el dilema de "nacismo o comunismo", como también la desconfianza de la propia izquierda, que no olvidaba las declaraciones antimarxistas del Jefe ni la muerte de sus propios militantes en choques callejeros.

Hacia fines de la década, el "giro social" del Movimiento hegemonizó el proyecto. Sus parlamentarios siguieron adelante con su programa planteando proyectos tales como la derogación de la ley sobre el pago de la deuda externa (hasta la normalización económica del país), la implantación de un tributo progresivo a las exportaciones cupríferas (para permitir la participación fiscal en las utilidades de la industria del cobre), o el aumento del impuesto a la importación de petróleo y la disminución del de la bencina. Otras mociones presentadas se refirieron a la situación

de los conventillos y a la necesidad de aplicar el servicio de trabajo obligatorio, además de propuestas específicas de las comunas representadas. Todo lo anterior se complementó con la denuncia de figuras ligadas al Presidente Alessandri, a la Derecha, al servicio público e involucradas en posibles actos irregulares y, muy insistentemente, con la crítica a Ross Santa María como Ministro de Hacienda.

En Enero de 1937, se aprobó una Ley de Seguridad Interior del Estado para proscribir a los partidos políticos que quisieran instaurar una ideología antidemocrática mediante la violencia. Así, la conservación del sistema democrático a través del estrechamiento del espacio político forzó aún más la contradicción del MNS entre su ideología de acción directa y la utilización de la representación parlamentaria, precipitando su resolución a favor del uso de la fuerza dada la incertidumbre sobre el futuro parlamentario de la diputación nacista.

Por otro lado, en 1938, en la Sesión Inaugural del Congreso, el MNS y su Jefe volvieron a verse mezclados en actos de fuerza. Durante el desorden producido por la retirada de los congresistas de izquierda ante la negativa del Presidente del Senado para dejar hablar al Presidente del Frente Popular, Jorge González hizo un disparo al aire. Eso, sumado a la explosión atrasada de una bomba de ruido puesta por otros “nacistas” cerca del Congreso y a la detención de varios parlamentarios al interior de las Cámaras, produjo una conmoción generalizada pues se trataba de situaciones sin precedentes en la historia parlamentaria del país. Finalmente, el fracasado intento de golpe del 5 de Septiembre de 1938 significó la crisis y posterior desilusión del MNS.

En este escenario, aun más que antes, el discurso antisemita “naci” ocupó un segundo lugar a fines de los treinta. Pero, ciertamente, no desapareció. Y es que no era sólo vástago del hitlerismo sino que también del racismo de principios de siglo ya presente en Chile. Había aquel logrado inspirar tanto al ultranacionalismo europeo como al nacionalismo intelectual criollo, y desde ambas vertientes pudo Jorge González alimentar su desconfianza y temor al judaísmo. Aunque este adquirió matices suficientemente distintivos.

A modo de conclusión.

Pese a los desmentidos, el antijudaísmo estuvo presente en la ideología del MNS y de su Jefe, alimentado tanto por la influencia nazi como por el ultranacionalismo chileno preexistente. De manera que no les atacaba más por pragmatismo que por principios. Sin embargo, ese mismo pragmatismo remarcaba su singularidad respecto del caso europeo: esto es, el hecho de que osciló entre la especulación teórica (emparentado con el análisis histórico-social racista) y la propaganda (subordinado al vaivén de la coyuntura política local).

Hacer de la “diferencia étnica” lo fundamental de la nación, constituyó una especificidad ideológica que marcaría toda la práctica del Nazismo. A nivel teórico, por cuanto la “causa” de la nación aparecería siempre prioritaria sobre la “causa” del Estado, y -dentro de la primera- la “causa de la raza” (como quiera que se la entendiera) siempre aparecería prioritaria sobre otros criterios comunitarios. Y aunque la “real politic” pondría en entre dicho las clasificaciones raciales (los nazis buscaron alianzas con los japoneses, chinos o árabes, o se enfrentarían con pueblos “nórdicos”, tal vez “arios”), la temprana declaración hitleriana de que “la cuestión racial era la llave de la historia mundial” se mantuvo inalterable en el decálogo partidario. Que la lucha era sobre todo entre arios y judíos, aunque lo que significaba “ario” o “judío” no estuviera claro ni fuera inmodificable, fue tal vez la única certeza que se mantuvo siempre. Porque, claramente, su odio a los judíos era menos abstracto que su devoción a la nación-raza.

En cambio, la “diferencia étnica”, en el caso chileno, fue transable y no alcanzó los niveles de radicalidad del nazismo. Hasta cierto punto, fue un elemento de aglutinamiento, pero no de crecimiento y, sin duda, resultó fluctuante (y a la larga, negativo) como propaganda: inspiró más la retórica de prensa que las acciones callejeras. Fue moderado intencionalmente y, en la forma de política racista, fue enjuiciado como ‘no importable’.

De forma que González y el MNS desplegaron un discurso público antijudío menos intenso, más

voluble y escasamente movilizador. La formación ideológica del Jefe, la tradición nacionalista heredada por el MNS, sus relaciones con el NSDAP y el escenario sociopolítico chileno fortalecieron el “realismo” del Movimiento, reduciendo la importancia de la “judeofobia”. Aquella existió, pero jugó un papel complementario en su táctica política pues la extrema derecha chilena ya tenía enemigos históricos a quienes atacar más eficazmente.

Referencias bibliográficas

Fuentes.-

ALZAMORA, Alberto, "Con Jorge González von Mareés", Hoy (271), 28 de Enero de 1937.

GAMBOA, Juan;"Nacionalismo", Acción Chilena, vol. 1 (5), Febrero de 1934.

GONZÁLEZ, Jorge, *El Movimiento Nacional Socialista como única solución de la crisis política y social de la República*. Imprenta Lathrop Hermanos, Santiago, 1932 (a).

_____ "No es posible", El Imparcial, 20 de Noviembre de 1932 (b).

_____ Concepción Nacista de Estado. Juan Yunis ed. Santiago, 1934.

_____ "El legado de Portales". Acción Chilena, vol. 4 (1), Octubre en 1935 (a).

_____ "El porvenir de nuestra América". Acción Chilena, v. 4 (3), 1935 (b).

_____ "La Mentira Democrática". Imprenta la Ilustración, Santiago, 1936 (a).

_____ "A merced del imperialismo judaico". El Trabajo, 23 de Mayo de 1936 (b).

_____ "Pueblo y Estado", Antares Impresora, Santiago, 1936 (c).

_____ El Mal de Chile. Santiago, Talleres Gráficos Portales, 1940.

H.B.G; "Sobre Pangermanismo", El Trabajo, 30 de Marzo de 1938.

KELLER, Carlos, "Razas, pueblos y culturas", Acción Chilena, vol. 6 (1), Julio de 1937.

MENA, Mauricio, "Génesis y desarrollo del Nacismo", Acción Chilena, vol. 4 (2), Santiago, 1935.

PALACIOS, Nicolás. Raza chilena: libro escrito por un chileno para los chilenos. Santiago, Ed. Antiyal, 1987 (1ª ed. 1904).

Bibliografía.

ALLIENDE, Rodrigo. El Jefe. La vida de Jorge González von Marées. 1ª ed. Santiago, Eds. Los Castaños. 1990. 216p.

CONVERSE, Christel. The Rise and fall of nazi influence among the german-chileans. Thesis for the degree Doctor of Philosophy in History. Georgetown University. 1990.

DE LA CERDA, María Soledad. Chile y los hombres del Tercer Reich. 1ª ed. Santiago, Ed. Sudamericana. 2000. 490p.

MC GEE, Sandra, La Derechas. The extreme right in Argentina, Brazil and Chile 1890-1930._ 1a ed. Standford- California, University Press, 1999. 484 p.

MALDONADO, Carlos, "La Prusia de América del Sur: acerca de las relaciones militares chileno-germanas, 1927-1945". Estudios sociales. Trimestre 3 (73): 75-10, 1992.

MOLLER, Magdalena. El Movimiento Nacional Socialista Chileno (1932-1938). Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2000. 170p. Inédito.

GAUDIG, Olaf y VEIT, Peter, "Y mañana el mundo entero. Antecedentes para la historia del nacionalsocialismo en Chile", Araucaria de Chile (41): pp. 99-117, 1988.

GAZMURI, Cristián, "Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco Antonio Encina, y Alberto Cabero", Historia v. 16: 225-247, 1981.

GELLATELY, Robert, No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso. 2ª ed. Barcelona (Traducción por acuerdo con Oxford University Press). Ed. Crítica, 2002. 437p.

GODOY, Hernán, "El Pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX" en Dilemas, (9): Diciembre de 1973.

GOLDHAGEN, Daniel, Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto. 4ª ed (Traducción de Jordi Fibla). Taurus, Madrid, 2003. 752p.

GONZÁLEZ, Sergio, Maldonado, Carlos y Mcgee, Sandra, "Las Ligas Patrióticas: Un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile", Revista de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, v. 2 (2): 37-49, 1993.

GONZÁLEZ, Sergio. El Dios cautivo. Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922). Santiago, LOM, 2004. 202p.

JARA, Isabel, Conceptos políticos en el discurso "nacista" de Jorge González Von Mareés. Un contrapunto con el fascismo europeo. Memoria para optar al título de Profesor de Historia y Geografía. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 1996. 214p. Inédito.

KERSHAW, Ian, Hitler, 1936-1945. 1a ed (Traducción de José Manuel Álvarez Flores). v. 2. Barcelona, Península, 2002. 1040p.

POTASHNIK, Michael, Nacismo: National Socialism in Chile, 1932-1938. Thesis for the degree Doctor of Philosophy in History. University of California, Los Angeles, 1974. UMI Dissertation Services, 1994. 365p.

RAMÍREZ, Hernán, "El Fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970" en Revista Araucaria de Chile, vol 1 (1): 1978.

RUIZ, Carlos y Cuadra, Francisco, El discurso de la derecha chilena. 1ª. ed. Santiago, CERC-CESOC, 1992. 109p.

SZNAJDER, Mario, "El Nacional Socialismo chileno en los años treinta", Mapocho, 2 semestre (32): 169-193, 1992.

_____ "El Movimiento Nacional Socialista: antisemitismo y movilización política en Chile en la década del treinta". Revista Coloquio (21): 61-70, 1989.

¹ Una segunda cuestión al respecto se relaciona con la “solución final” y la actitud del Führer, considerando su poder decisivo en la determinación de la línea política del NSDAP. ¿Hitler desde el principio habría querido exterminar a los judíos? Por un lado, se responde que el propósito central de exterminar a los judíos estuvo en la cabeza de Hitler desde 1918 y que los zigzagueos posteriores sólo fueron estudios de oportunidad para aplicar la misma línea. Por otro lado, se sugiere que, a diferencia de otros, Hitler pareció tener cambios de opinión, o por lo menos dudas. De hecho, algunos piensan que él no estuvo directamente encargado de la política antisemita hasta 1938, que tampoco aprobó la primera propuesta de Heydrich de obligar a los judíos a usar estrellas amarillas como identificación y que ni siquiera habría aceptado la asimilación de los “medio-judíos” a los “totalmente” judíos cuando se aplicaron las leyes de Nuremberg. En realidad, la política inicial de Hitler, que deambuló entre el boicot, la legislación y la “arianización”, concluyó finalmente en el propósito de expulsar a los judíos alemanes y austríacos fuera de territorio europeo. Habría sido durante la guerra, de lo cual culpó insistentemente a los judíos en todos sus discursos, cuando habría ideado su desalojo fuera del continente, tal vez a Madagascar. Y habría sido con la invasión frustrada de Rusia y el ingreso de Estados Unidos al conflicto cuando habría cambiado la expulsión por la de aniquilación, ordenando en 1941 la llamada “solución final”. Como botón de muestra de los debates sobre el Holocausto. (Goldhagen, 2002; Gellately, 2003; Kerhaw, 2002).

² Alliende 1990, p.27. En dicha página se cita una carta de Jorge González a su madre en la que expresó textualmente: "...desgraciadamente, en este país la vida es aún demasiado fácil y la prueba patente de ello es que la nuestra es una raza esencialmente floja y sumamente inmoral. A mi modo de ver no es, pues, el lado económico de nuestro pueblo el que estamos todos obligados a tratar de mejorar, sino, mucho antes que eso, el lado moral e intelectual, pero, por sobre todo, moral seguro, como lo estoy, de que una persona moralmente sana y medianamente instruida puede, dada las favorables condiciones de nuestro país, ser también una persona bien alimentada y bien abrigada".

³ En 1923, la Liga Patriótica de Iquique se convirtió en Partido Fascista, en 1924 se fundó la ya

mencionada TEA, en 1926 el Partido Popular Corporativo, en 1927 la Vanguardia Nacionalista de Empleados y Obreros y Comité Central Nacionalista y en 1928 la Confederación Republicana de Acción Cívica. (Maldonado, González y McGee, 1993).

⁴ De los casi mil sufragios obtenidos en la jurisdicción santiaguina en las elecciones generales de 1932 -con los que casi escoge un diputado- el MNS pasó a reunir más de 2.300 votos en las municipales de 1935 en la misma ciudad, aunque sin alcanzar un escaño en la Municipalidad; en Temuco y Angol, no obstante, sí pudo integrar el Consejo Municipal con un candidato. Ese año, a nivel nacional, reunió 6.000 votos y en las parlamentarias del año anterior recaudó 14.235 votos (3,5% del total), lo que les permitió elegir tres diputados: Jorge González por Santiago, Fernando Guarello por Valparaíso y Gustavo Vargas Molinare por Temuco. Finalmente, en las últimas elecciones en que alcanzó a participar el MNS, las municipales de 1938, eligió 29 regidores en todo el país con sus 22.500 votos (4,6% del total). (Potashnik 1974, p.237; Sznajder 1992, p.172).

⁵ La estructura exterior del nazismo existió en Chile entre 1931 y 1943, desde la fundación del "Landesgruppe-Chile" del NSDAP (en 1933 ya tenía cuatro "Grupos Locales" y nueve "Puntos de Apoyo"; en 1938, once "Grupos Locales" y seis "grupos de Apoyo", sumando 1.005 socios en total). En 1933, a partir de la "Sección para el Extranjero" del NSDAP, se fundó la "Organización del NSDAP en el Extranjero" (NSDAP-AO) para reunir únicamente a los alemanes residentes fuera del Reich. Los chileno-alemanes o personas de ascendencia alemana no tendrían cabida en ella, aunque hacia ellos también se ejerció una fuerte presión.

⁶ El joven, a su vez, consideraba un tanto peligroso al MNS por su anhelo de "soterrar nuestra raza (la alemana) para alcanzar la unidad del pueblo chileno", pero también constataba que en él habían "buenos amigos y admiradores fanáticos de Alemania", por lo que eran necesarios. (Gaudig y Veit 1988, pp.111-114).

⁷ Para él, Portales fue el genio que reencauzó las tendencias políticas naturales de la raza chilena, hacia el orden jerárquico. (González, 1934; González, 1935a).

⁸ Recuérdese que, para él, la identidad chilena arrancó de su calidad mestiza, pero con primacía blanca.

⁹ Ver diario El Trabajo del 22 de Junio de 1935, p. 3 y del 14 de enero de 1938, p. 4.

